

# LA LLAMADA DEL PASTOR

Por **LAWRENCE MAXWELL**

JENNY estaba cansada de su hogar. Vivía en Escocia y su padre era un pastor de ovejas. A ella solía gustarle acompañarlo a las colinas y quedarse todo el día con él, jugando a su lado mientras él cuidaba las ovejas.

Le encantaba cuando su padre las llamaba para volver al hogar. Durante todo el día las ovejas de muchos rebaños pastaban juntas. Pero a la tarde cada pastor llamaba a sus propias ovejas, las cuales, abandonando el rebaño, acudían a él, y él las guiaba a su redil.

Pero todo eso ya había perdido interés para ella. Era aburrido. Las ovejas la molestaban. La vida en la granja era cansadora. Su padre y su madre eran desesperadamente anticuados.

De manera que un día Jenny partió de su hogar y fue a vivir a Glasgow. Los jóvenes pueden divertirse en la ciudad, pensó.

El corazón de sus padres se quebrantó. Jenny había sido la luz de su vida y ahora la luz se había apagado. La madre se sentía inconsolable. El padre llevaba como de costumbre el rebaño a las colinas pero sentía que sus pies le pesaban mucho y el gozo había desaparecido de su vida.

Pasaron los meses. Un día el padre dijo:

-Mamá, iré a buscar a Jenny.

-¡Pero no podrás encontrarla en esa gran ciudad! -exclamó la madre-. Y se van a burlar de ti, por tus ropas de campesino. Con todo, anda. Yo oraré continuamente. Dile cuánto anhelamos que regrese.

Cuando el padre llegó a la ciudad ésta era mucho más grande de lo que él se había imaginado. Su esposa tenía razón. ¿Cómo podría encontrar a Jenny en ese inmenso lugar?

Fue a todas las posadas, visitó el cuartel de policía, detuvo a la gente en la calle. A todos les hacía la misma pregunta: "¿Ha visto Ud. a mi Jenny?"

La gente se encogía de hombros. Nadie conocía a Jennv.

Buscó por días, y días, y días. El bullicio y el ruido lo confundían. ¡Cuánto más placentero era vivir allá, entre las colinas! Pero no volvería a casa sin Jenny, porque la madre se sentirá muy chasqueada; Estaba anocheciendo. Era hora de llamar a las ovejas. Guiándose por un impulso repentino, el padre salió a la calle y se llevó la mano a la boca. Un grito sostenido y agudo rebotó en las paredes tiznadas y ascendió flotando sobre el ensordecedor estrépito de la ciudad. Los transeúntes se volvieron y se quedaron mirándolo. Algunos se rieron. Otros se llevaron la mano a la sien para indicar con su mímica que se trataba de un loco.

El padre no hizo caso. Esperó, escuchando. ¿Oiría Jenny? ¿Vendría? No hubo respuesta.

Caminó hasta otra esquina y llamó, y caminó más. y llamó de nuevo. Se encontraba en el barrio más degradado de la ciudad. Pero tampoco esta vez obtuvo respuesta.

En una pequeña habitación, deslucida y sucia, con el aire viciado por el humo del tabaco y el olor a cerveza y a cuerpos desaseados, una jovencita estaba jugando a las cartas. Se estremeció cuando un hombre medio ebrio contó un chiste indecente. Ella no pertenecía a ese ambiente. Debía estar en su hogar. Deseó hallarse en su hogar. Pero su padre no le permitiría volver. Tampoco se lo permitiría su madre. Estaba segura de eso. Había caído demasiado.

De pronto, por sobre la risa ronca oyó un sonido extrañamente familiar. Estaba a punto de jugar una carta, pero su brazo se detuvo y quedó inmóvil en el aire. Entonces, arrojando las cartas sobre la mesa, se puso de pie de un salto y corrió hacia la puerta. Los jugadores trataron de detenerla, pero ella se zafó de sus manos. ¡Era la llamada del pastor! ¡El padre, su propio y amante padre, había venido, y la estaba



llamando!

¡Podía volver a su hogar! ¡Podía ver a su madre otra vez! Podía sentarse con su padre en las tranquilas colinas y contemplar las ovejas como había solido hacerlo. Podía orar y adorar.

¡Oh, maravilla! Ahí estaba su padre, en la esquina. El ya la había visto. Su rostro resplandecía. La esperaba con los brazos abiertos. Ella corrió y se arrojó en ellos. Había vuelto al hogar. Al fin y al cabo, ése era el mejor lugar donde ella podía estar.